

MADRID ERA UNA FIESTA

PEDRO HERRASTI

MADRID
ERA UNA FIESTA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: enero de 2022

© Pedro Herrasti, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6381-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 19428-2021

Impreso en España

Tras la positiva recepción que ha tenido la primera entrega de las memorias de mi abuelo Jorge Blanco, me parece oportuno sacar a la luz pública un nuevo volumen. Como ya relaté en su momento, la casa de mi abuelo estaba repleta de recuerdos: armas, uniformes, banderas, condecoraciones, pinturas, grabados y fotografías que reflejaban su intensa vida. Todo aquello desapareció al morir él, pero en mi poder quedaron una serie de cuadernos que contenían su biografía novelada. En éstos se narran los hechos más importantes ocurridos en España durante la primera mitad del siglo xx. Al leerlos, me llevé una gran sorpresa, pues descubrí que mi abuelo había participado en muchos de los sucesos claves de la época y, además, había tenido trato con destacadas personalidades, incluidos militares, intelectuales y políticos.

En estas memorias se narra su estancia en la mítica Residencia de Estudiantes de Madrid durante los seis primeros meses de 1924. Allí mi abuelo entabló amistad con varios jóvenes que alcanzarían fama mundial. Sé que esta decisión puede ser polémica, puesto que rompe el orden cronológico de sus memorias, pero es un riesgo que he decidido asumir.

En las páginas de estos cuadernos aparecen de vez en cuando algunas imágenes supervivientes del magnífico archivo fotográfico que reunió en su día. En el Apéndice histórico situado he incluido los dos originales presentes en el manuscrito.

Dado que Jorge Blanco hace referencia a la obra de Arturo Barea La forja de un rebelde, donde el escritor relata su encuentro con mi abuelo, reproduzco a continuación dicho fragmento. Al igual

que en la anterior entrega, me he limitado a realizar unas escasas correcciones ortográficas y de puntuación, respetando casi en su totalidad el original. He conservado el seudónimo con el que escribió otras obras de ficción, ya que así constaba en las primeras páginas de esos cuadernos, y no he querido contrariar esta última voluntad.

Salió el capitán Blanco, con el alférez y el teniente a su lado.

Herrero gritó:

–¡Firmes! Sin novedad, mi capitán.

El capitán se enfrentó con la fila y me colocó a su lado:

–El sargento Barea, que ha sido destinado a la compañía, se ha incorporado hoy a ella.

[...]

–Desde mañana se encarga usted de las obras. Éstas son las instrucciones que tengo de Tetuán. Parece que usted conoce topografía, ¿no?

Me hablaba con un tono altanero, mirándome con ojos estrábicos. El capitán era bizco, terriblemente bizco.

–Un poco, mi capitán.

–¿Y contabilidad?

–Sí, señor. Esto mejor.

–Bueno. Pues desde mañana corren de su cuenta los materiales y los jornales; y las obras. Claro que... como ayudante mío.

–Naturalmente, mi capitán.

[...]

–Le voy a hablar claro, para que nos entendamos bien: la compañía tiene un fondo particular, que se nutre de las economías que se realizan sobre lo presupuestado. Así, tenemos ciento once hombres, pero no todos trabajan; unos están enfermos, otros con permiso, otros tienen un destino, etc.

Pero, como el presupuesto son ciento once, los jornales son, naturalmente, ciento once. Pero como el que no trabaja no cobra, el sobrante de jornales pasa a la caja de la compañía. Con los moros es igual: el presupuesto son cuatrocientos, pero nunca se les puede tener completos; en realidad, son unos trescientos cincuenta. Pero, como tienen que ser cuatrocientos, se agregan cincuenta nombres árabes y en paz. ¿Quién va a venir a contarlos? [...] En cuanto a Pepe, pues es una cosa parecida; él saca la piedra y nosotros se la pagamos. Cada kilómetro de carretera necesita tantos metros de piedra. Pero..., si la carretera tiene cinco centímetros menos de piedra..., bueno, calcule usted: cinco centímetros menos son unos doscientos metros cúbicos en kilómetro. [...] Hay, además, claro, una porción de detalles pequeños que irá usted comprendiendo. Así que, entendidos, ¿no?

ARTURO BAREA

La forja de un rebelde. La ruta

I

Alguien tenía que decirlo: soy un corrupto. Sé que esta declaración es chocante en este país de sinvergüenzas de honor sensible, de «profesionales» que no saben hacer una a derechas o de individuos que confunden el servicio público con el servicio que el público puede hacer para llenar sus bolsillos. Ha pasado tanto tiempo que no me importa reconocerlo. Sí, me llevé el dinero de aquella maldita carretera de Marruecos que narra el chivato de Arturo Barea en *La forja de un rebelde*, pero no crean que era gran cosa. Sisábamos unos cuantos duros de materiales y otro tanto del sueldo de trabajadores inexistentes. Si no me creen, saquen una güija y convoquen al espíritu de Arturo, y les dirá que así era, y que él, además de indignarse, se llevaba su parte.

Viendo lo que ha venido después, en vez de corrupto, prefiero llamarme adelantado a mi época. En mi defensa tengo que decir que nosotros éramos sólo un pequeño grupo de aficionados, de humildes artesanos cuyo negocio era poco menos que insignificante. Daba para alguna juerga con alcohol y mujeres, una comilona o para montar una buena timba de cartas. Nadie se planteaba labrarse una fortuna personal con estas cosas. En nuestro caso, no había por medio partidos políticos ni grandes contactos en las finanzas o la administración. Ya les digo, nada que ver con el volumen de negocio y la profesionalidad que hoy impera en este campo. En esto, como en todo, se ve cuánto ha progresado el país desde entonces.

Es cierto que siempre he sido un fullero notable, un pelota de los grandes y un mentiroso espléndido, pero como corrupto sólo fui un mediocre aprendiz. Lo reconozco ahora, tantos años después, pero en su momento lo negué con el mismo frenesí que mis colegas actuales refutan las pruebas más flagrantes. Yo también refuté todas las acusaciones con una mezcla de altivez, suspicacia y orgullo ofendido. Me recuerdo impertérrito y desafiante, alto, atlético, con el pelo engominado y ese atractivo que mi uniforme impecable hacía resaltar aún más (lo de ser bizco es una de las muchas mentiras de la novelucha de Barea).

Supongo que fui uno de los primeros en calificar la investigación que me acorralaba como un conjunto de «calumnias e injurias», y lo atribuí todo a «una trama organizada para desprestigiar al ejército». (Siempre es conveniente que el acoso a un individuo se convierta en la persecución de algo más grande: el ejército, el partido, la patria... Qué más da; el caso es quitarse el muerto de encima). En fin, no quiero atribuirme méritos, pero creo que en buena parte urdí la clásica defensa de la que cualquier mangante actual se sigue sirviendo.

Todo aquella desdicha se la debía al dictador Miguel Primo de Rivera. Una de sus primeras disposiciones tras ser nombrado presidente del Gobierno fue investigar las corrup-telas en el ejército. Era sólo una de las muchas medidas regeneracionistas –como se llamaba entonces– que pensaba llevar a cabo. Casi todas eran buenas y populares, pero ésa, en concreto, me arruinó la vida. Sólo dos meses después de llegar al poder, el asunto de la carretera me llevó a ser suspendido de empleo y sueldo de manera temporal. Alguien con más cabeza tendría unos ahorros a los que echar mano, pero yo había dilapidado todos mis ingresos en una espiral de juergas, mujeres, alcohol, apuestas de caballos y mesas de juego. Debía dos meses de alquiler, carecía de ahorros y esperaba el sueldo cada mes como maná caído del cielo.

Para colmo de males, poco antes de estallar el escándalo, mi padre siguió el destino de tantos esforzados empresarios y se encontraba en paradero desconocido, huyendo de la justicia, que lo buscaba por cometer estafa, fraude y alzamiento de bienes (esa Santísima Trinidad del capitalismo español). Sólo mi madre me socorría de vez en cuando con alguna pequeña cantidad, aunque su situación también era precaria.

Sin dinero ni familia a quien recurrir, no me quedó otra que escapar del casero de mi piso de la calle Velázquez para refugiarme en una de las humildes pensiones que florecían alrededor de la estación de ferrocarril de Atocha. Cualquiera puede imaginar el triste tránsito que supone el paso de vivir en un coqueto piso en el exquisito barrio de Salamanca al cuartucho de una sórdida pensión con olor a cocido y mugre añeja. Allí pasé la Navidad más triste que recuerdo.

No fue el único cambio. Tras el escándalo, desaparecieron mis distinguidas amistades de antaño, y su lugar fue ocupado por un hatajo de viajantes, paletos y gentuza variada que constituían los habituales de aquel antro. Los otrora interesantes y divertidos días se convirtieron en una sucesión de jornadas grises y aburridas. Mis únicos entretenimientos eran pasear por el cercano parque del Retiro y leer libros de Sherlock Holmes.

Ése era mi triste sino, pero podía ser peor, ya que la expulsión definitiva del ejército planeaba sobre mí como una borrasca amenazadora y cada vez más cercana. Muchas noches, mientras trataba de conciliar el sueño, recordaba mi pasado glorioso. El pasado del joven y apuesto oficial de caballería, del juerguista impenitente, del soltero encantador y dicharachero que caía bien a todo el mundo, del amante de docenas de bellas mujeres y del intrépido héroe que ponía a raya a la morisma, del agente del Servicio Especial (ese primer ensayo de agencia de inteligencia española) que combatía a los no menos peligrosos enemigos internos encarnados en masones, revolucionarios, pistoleros anarquistas y demás gentuza subversiva.

De todo eso no quedaba nada. O, peor aún, sólo recuerdos que evocaban lo triste de mis circunstancias. De esta situación desesperada sólo me podía librar un milagro, y eso es lo que se produjo.

* * *

Tal vez hablar de milagro sea excesivo. Los milagros, por su propia naturaleza, son escasos. Los enchufes, al menos en nuestro país, surgen por todas partes como flores en primavera. Quiero decir que, dadas las circunstancias, acudí a mi tío Carlos, que ocupaba un importante cargo en la policía y era mi última esperanza contra los males que me acosaban. Por eso la llegada de un pequeño sobre sepia con el sello del Ministerio de Gobernación me llenó de júbilo.

No me equivocaba. Dentro encontré una cuartilla escrita y firmada por el célebre inspector García, una especie de Sherlock Holmes castizo. La prensa, ese baluarte de los valores cívicos y la cultura, lo había convertido en una celebridad al destacar en la resolución de algunos de los crímenes truculentos con los que llenaban sus páginas un día sí y otro también.

La misiva del inspector era muy concisa:

Estimado capitán Blanco:

Me parece un derroche que un hombre de sus cualidades y notorio valor se consuma inactivo por unas acusaciones muy dudosas. Le ofrezco la oportunidad de colaborar con la policía en el esclarecimiento de unos hechos inquietantes. Este trabajo que le ofrezco puede remediar el triste estado en que se encuentra.

Le ruego me visite el próximo lunes a las 10:00 en la Comisaría Central, situada en la plaza de Pontejos. Si acepta mi invitación, lo informaré con más detalle de este asunto muy a propósito para alguien como usted.

El inspector sería astuto, pero conmigo estaba equivocado. Entre mis méritos nunca estuvo la valentía, pero, gracias a una serie de circunstancias afortunadas en Marruecos, me convertí en el protagonista de un cúmulo de falsas heroicidades que nunca quise aclarar. Si la valentía no era lo mío, la mentira es un campo en el que siempre me he sentido cómodo. Embaucar a ese hombre para que me sacara de mis apuros era un asunto muy propio para un hombre de mis cualidades, tal y como decía él mismo.

La fecha de la carta era del día anterior y había sido mandada por correo urgente. El inspector debía de estar casi tan desesperado como yo; por lo tanto, era probable que pudiese aprovechar ese asunto de manera muy favorable a mis intereses. Guardé la carta en su sobre y agradecí a Dios la existencia de milagros, enchufes, tíos que ocupaban altos cargos e inspectores a los que un profesional de la fullería fuera capaz de engañar.

* * *

El día de la cita me levanté temprano por primera vez en semanas. El tiempo había cambiado. El frío intenso y el cielo cubierto dejaron paso a una jornada agradable. En el cielo, de un azul brillante, no se veía ni una nube, y el sol calentaba todo lo posible en una jornada invernal. Me afeité con cuidado y me puse una camisa de un blanco impoluto, un chaleco gris y el traje que me quedaba sin empeñar. Aquél era el único vestigio del guardarropa glorioso que en su momento encandiló a multitud de señoritas de la buena sociedad. El vestuario era bueno, con clase, pero, sin duda, lo mejor era la percha. Ahora soy una momia, pero en 1924 era un joven de rostro agraciado, alto, atlético y con un don de gentes que me haría ganar la voluntad del diablo si estuviera en el infierno.

La pensión donde residía no era el infierno, pero se le asemejaba bastante. Todo en aquel sitio era vulgar, pero qui-

zá nada lo era tanto como su propietaria, «la Reme». Tenía unos treinta y cinco años muy mal llevados y un genio insufrible. Se levantaba a las seis de la mañana gruñendo y maldiciendo al mundo en general y a sus clientes en particular, con una única excepción, el apuesto Jorge Blanco.

Por fortuna, me había ganado su voluntad haciendo alarde de ese encanto especial e indiscernible que poseemos algunas personas. Desde el primer momento, me mostré amable, zalamero y adulador; en compensación, llevaba más de un mes sin pagar una peseta. Tanto éxito se demostró funesto.

El trato con la propietaria fue derivando hacia cierta intimidad, tal vez provocada por mis piropos, que, de vez en cuando, aderezaba con comentarios pícaros y frases de doble sentido. Por supuesto, yo no quería llevar todo aquello más allá, pero poco a poco fui percibiendo que la Reme se tomaba unas confianzas cada vez más peliagudas. Un motivo más para escapar de allí cuanto antes.

Razones no faltaban. Si había algo que caracterizaba a la Pensión Remedios, era la regularidad. Era un local cochambroso, en un edificio cochambroso, de un barrio cochambroso. La temperatura también era regular. En invierno oscilaba en torno a los cero grados, y, según me contó algún compañero de infortunio, en verano se mantenía siempre cercana a los treinta y siete. Tal vez lo peor de todo era la estructura del lugar: dos pisos unidos formando un laberinto de habitaciones minúsculas, mal ventiladas y poco limpias, dominadas por un olor desagradable que se pegaba a la ropa.

La cochambre del lugar hermanaba perfectamente con la penuria del público. Parecía haber una norma exclusiva: sólo quien formase parte de la chusma de la sociedad era admitido allí. Así que la clientela estaba compuesta por un conjunto de viajantes de segunda, pelanas varios y aldeanos que venían a Madrid a resolver algún asunto. Aunque éstos eran los habituales, también se admitía todo tipo de gentuza.

Ése era el panorama humano que me encontré al entrar en el comedor. Alrededor de la mesa se arremolinaba una morralla hambrienta devorando el desayuno. A nadie parecía molestarle el fuerte olor a fritanga, mezclado con el tufo peculiar de la pensión y sus huéspedes, ambos poco amigos del jabón. Me senté y di unos buenos días que media docena de parroquianos tuvieron a bien devolverme mientras masticaban su plato de migas mañaneras.

El retrato del difunto marido de la señora Remedios presidía el comedor, supongo que satisfecho por haberse librado de aquel castigo del señor con faldas. Los infelices feligreses eran el sustituto del fallecido; unos pobres chivos expiatorios que aceptaban en silencio la condición de rehenes de la dueña por el precio mísero que cobraba.

En ese momento, la casera se acercó para servirme un generoso cuenco de migas. Mientras lo hacía, lanzó una sonrisa a mi atildada vestimenta.

—Jorge, usted siempre tan elegante. Cómo se nota la buena cuna. No como éstos —dijo señalando con desprecio a los demás.

Venancio, un hombre que lucía la cara curtida de los labriegos, levantó la vista del plato para mirar encolerizado a la dueña de la pensión.

—Oiga, nosotros no seremos tan guapos y elegantes como su «amiguito», pero también somos gente de bien.

—¿Qué está insinuando con eso de «amiguito»? —preguntó la casera.

—Yo no insinúo nada, señora, pero el que se pica ajos come —respondió.

—Es *usté* un *desgraciao*. Salga ahora mismo de mi pensión, señor, y digo señor por decir algo —vociferó indignada la Reme.

—Pues me voy —prosiguió Venancio—. ¡A mí no me insulta nadie, y menos esa guarra! ¡Quédese con su «amiguito» y su «palacio», señora marquesa!

–¡Cómo se atreve! –gritó la dueña, y le soltó un sartenazo.

Venancio esquivó el golpe y se abalanzó sobre la mujer profiriendo todo tipo de insultos, mientras los parroquianos sujetaban a ambos. Traté de mediar y restablecer la calma, pero de manera inevitable estalló una pelea barriobajera con gritos, empujones, insultos y amenazas que acabó con la señora Remedios retirándose entre sollozos a su cuarto.

Para ser mi último desayuno allí, resultó apoteósico. Cuando las cosas se calmaron un poco, fui a ver a la dueña; la encontré llorosa sobre la cama de su cuarto. Nada más verme, se incorporó para apoyar su cabeza en mi hombro.

–Me siento muy sola, Jorge. Necesito un hombre a mi lado que ponga firmes a esos salvajes –gimoteó mientras me aferraba con firmeza.

Hice un esfuerzo por tranquilizarla, y cuando la vi más serena salí a la calle con paso presuroso. Debía marcharme de ese antro como fuera.

* * *

El Ministerio de Gobernación, con su famoso reloj, dominaba la plaza de la Puerta del Sol. Alrededor se alineaban los edificios de fachadas elegantes cuyos toldos protegían a los comercios del sol. A esas horas, había un gran ajetreo en el lugar; todo estaba lleno de carros, tranvías, vehículos de motor, oficinistas de los bancos de la calle Alcalá y señoras que iban de compras. Sobre el tumulto de la muchedumbre vocinglera se elevaban los gritos de los chicos que vendían periódicos, el potente ruido de los motores de los camiones de reparto y el chirriar de los frenos de los tranvías. Ese fragor podía ser molesto, pero no tanto como las vaharadas de aire maloliente de los urinarios situados en el centro de la plaza.

Al mirar el popular reloj, vi que llegaba con tiempo de sobra, así que aflojé el paso hasta enfilarse la calle del Correo,

desde donde ya se oteaba la Comisaría Central. Sin duda, aquel nombre ampuloso cuadraba mal con el destartado caserón que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. Alguien había decidido reformar el edificio antes de que se derrumbara, por lo que parte de la fachada estaba cubierta por un andamio. La entrada estaba en el chaflán, donde un arco monumental daba paso a un amplio recibidor dominado por la oscuridad y un maremágnum de ruidos, polvo, ladrillos, herramientas, sacos de arena y albañiles que parecían más querer derruir el edificio que repararlo.

Me abrí paso como pude entre aquel desbarajuste para preguntar a un policía por el despacho del inspector. Éste me señaló unas escaleras que bajaban al sótano del edificio, un lugar envuelto en una lobrete que olía a humedad. Estaba tan oscuro que apenas pude leer el nombre del inspector sobre el cristal esmerilado de la puerta de su despacho. Tras dudar un instante, llamé, y una voz desganada me dijo que pasara.

El cuarto era sombrío como un pozo y maloliente como una tumba. El inspector estaba casi cubierto por unas columnas de expedientes que se esparcían de manera caótica por su escritorio. Otra mesa auxiliar también estaba repleta de todo tipo de papeles. Al advertir mi presencia, sonrió.

—Me alegra verlo, capitán Blanco. Estaba seguro de que un hombre como usted no dejaría escapar una oportunidad tan buena como ésta —aseguró tras levantarse y tenderme la mano.

—Gracias, señor inspector —respondí estrechándosela—. Me honra usted con sus palabras. Para mí es un placer colaborar con las fuerzas del orden, y mucho más con alguien de su prestigio.

—Siéntese, por favor, siéntese —dijo señalando una silla—. Perdone que lo reciba en este cuchitril. Ya ve dónde me han mandado, y eso que aquí soy una figura principal. Figúrese usted cómo andarán los demás. Sabrá que Primo de Rivera

quiere remozar los edificios estatales, que, para decir la verdad, están fatal. Esta vez nos toca a nosotros. Merecerá la pena en el futuro, pero de momento esto es un caos. Pero, bueno, no quiero entretenerlo con nuestras cuitas. Si no le importa, vayamos al grano.

El inspector se puso a rebuscar entre la montaña de expedientes. Aproveché para observarlo y hacerme una primera impresión, que resultó ser bastante penosa. El émulo de Sherlock Holmes era un hombre regordete y bajito, lo contrario del esbelto británico. Frente a la pulcritud del inglés, el inspector vestía un traje barato en el que no era difícil distinguir partículas de caspa, casi tan evidentes como algunos lamparones en su camisa. La sensación de dejadez hizo que me cuestionara su fama de eficaz.

—¿Dónde estarán esos malditos papeles? No soy muy organizado, pero con las obras esto ya es el acabose. ¡Aquí están! —afirmó al extraer dos carpetas de una columna de expedientes—. Este asunto que quiero encomendarle es muy importante. Tengo un informe completo sobre usted. Lo sé todo; bueno, casi todo. Por supuesto, tampoco ignoro sus actuales problemas.

Puso las dos carpetas sobre el escritorio y abrió la primera.

—Es usted un militar brillante que comenzó su carrera luchando en Marruecos en 1916. Desde entonces, ha acumulado tantas medallas y reconocimientos al valor que será la envidia de sus camaradas de armas. Estuvo encuadrado en el regimiento Alcántara, cubriendo la retirada desde el campamento de Annual de las tropas que se dejaron llevar por el pánico. Después combatió en el Tercio de Extranjeros, la Legión o como quieran llamarlo, en las operaciones de reconquista del protectorado.

»Todo eso es bastante admirable, pero, si le digo la verdad, lo que más me interesa es su papel como agente del Servicio Especial. Se infiltró en la masonería de la ciudad de Ceuta

para aclarar la misteriosa muerte de un oficial en Marruecos,* y años después hizo una labor muy meritoria introduciéndose en los círculos del terrorismo anarquista en Barcelona. En fin, un héroe. Usted es justo lo que necesitamos: un hombre valiente y con todo tipo de recursos.

–Inspector, me va a sacar los colores –dije, esbozando un sonrisa–. Sólo trato de servir lo mejor que puedo a España.

–Bueno, vayamos al grano. –Cerró la carpeta que se refería a mí–. No sé si conoce usted la Residencia de Estudiantes.

–Sólo sé que es un centro educativo en las afueras de Madrid, frente al hipódromo.

No quise decirle que mi conocimiento del lugar venía de mi afición a apostar en las carreras de caballos, ya que desde el hipódromo era imposible no distinguir esos edificios.

–Pues ya sabe bastante más de lo que sabía yo hace unos meses –explicó el inspector–. Por lo visto, es una nueva institución que trata de ser un internado que imita los modelos británicos de Oxford y Cambridge. Está abierto a todos los estudiantes, a todos lo que puedan pagarlo, claro. Allí están los hijos de familias prósperas de ideas avanzadas.

»En fin, un lugar selecto, un foco de cultura, una nueva Atenas en medio del páramo castellano. O eso es lo que pretenden sus artífices. Por supuesto, lo que ha llamado la atención de la policía no es nada de eso. Creerse Platón o Aristóteles no está perseguido. Otra cosa sucede con determinadas ideas. Ese lugar es un nido subversivo repleto de gente que quiere destruir el orden social y abrir las puertas a la revolución: socialistas, bolcheviques, anarquistas, republicanos, masones, ateos y resto de ideas nefandas que inundan nuestra patria y que este Gobierno, patriótico y militar, desea aplastar. Por eso mandamos a uno de nuestros agentes para que se infiltrase allí al iniciarse el curso, operación que ha terminado con su asesinato.

* Hechos narrados en *Capitán Franco*.

El inspector dejó a un lado la carpeta que hacía referencia a mí y abrió la otra, más voluminosa. Al hacerlo, frunció el ceño, algo que hacía intuir la gravedad del asunto.

—El cadáver de nuestro agente apareció en la madrugada del jueves 20 de diciembre. El jardinero de la residencia encontró un cadáver cuando iba a amonestar a unos estudiantes que venían de jarana. Por lo visto, en ese lugar hay tiempo para el estudio y para todo lo demás, porque los estudiantes venían borrachos de un burdel. No sé si esto lo aprobaría Platón, pero corramos un tupido velo sobre este asunto secundario. El crimen fue bastante sangriento. La víctima tenía la cabeza tan destrozada que el rostro apenas era reconocible.

En ese momento, el inspector extrajo de la carpeta unas tétricas fotos del cadáver, que puso sobre la mesa.

—¡Qué horror! —exclamé consternado.

—Sí, un auténtico horror —aseguró tras carraspear—. El forense desconoce con certeza cuál es el arma asesina. Al parecer, hay dos. Una responsable de los cortes longitudinales, con toda probabilidad un hacha, y otra culpable de las incisiones profundas, muy posiblemente un pico. Ésta es la fotografía de nuestro hombre antes del trágico suceso.

Cogí la foto que el inspector puso sobre la mesa. Era un retrato poco favorecedor que mostraba a un joven rollizo con una expresión abúlica.

—El fallecido era Juan Morales García. Se hizo pasar por estudiante de Derecho y en poco tiempo consiguió ganarse la confianza, el respeto y la amistad de muchos residentes, hecho que nos ha permitido conocer a fondo todo lo que se cuece en ese lugar. Sin duda, era uno de nuestros mejores agentes, un hombre astuto y hábil como pocos. Llevaba en la sangre el ser un buen policía, no en vano era sobrino del comisario jefe de Madrid. Por desgracia, fue descubierto y tuvo ese trágico final.

—¿Tienen algún sospechoso? —pregunté.

–No, de momento, no. Como usted comprenderá, nuestro deseo es capturar al asesino en el plazo más breve posible. Sin embargo, no queremos sólo eso. En la nueva España que está surgiendo, gracias al general Primo de Rivera, no tienen cabida ni los asesinatos ni la revolución ni el rencor social. Es hora de que todos los españoles estemos juntos para construir una España mejor, moderna y más justa, y para ello sería muy positivo cerrar ese nido de agitadores, pues eso es lo que es, ni más ni menos, ese lugar.

El inspector acabó su soflama un tanto excitado, e intuía que era el momento ideal para demostrar mi talento como pelota.

–No puedo estar más de acuerdo con usted. Es hora de levantar nuestra querida patria y deshacerse de esa chusma –aseguré con voz firme.

–Me gusta ver que coincidimos en todo, señor Blanco –dijo satisfecho el inspector–. Pero, si me permite, continuaré con el asunto.

–Sí, por favor. No acabo de ver de qué manera puedo serle útil.

El inspector, tras apoyar los codos en la mesa, cruzó los dedos de las manos. Entonces me observó fijamente.

–A eso voy. Usted se ha infiltrado en los círculos anarquistas y la masonería con anterioridad. Lo que le propongo es que sustituya a nuestro hombre. Debe hacerse pasar por un estudiante más y, a la vez, identificar al culpable o culpables del crimen. Para ello, deberá ingresar en la residencia una vez que hayan acabado las fiestas de Navidad.

Aquello me sorprendió. Había pensado que me iban a ofrecer un puesto administrativo o algo similar, no una labor peligrosa como aquella. Aún recordaba que estuve a punto de perder la vida en esas arriesgadas misiones. Traté de mantenerme imperturbable, pero la sorpresa o el temor debieron de reflejarse en mi rostro. De manera automática, el inspector se removió en su asiento, visiblemente incómodo.

–No le diré que no hay riesgo, ya ha visto el trágico final de Juan Morales, pero ese desenlace era algo imprevisible –explicó el inspector mientras buscaba algo en los cajones de su escritorio.

Tras rebuscar, extrajo de uno de ellos un paquete de cigarrillos y me ofreció uno. Me dio fuego y comenzamos a llenar aquel antro de un humo maloliente mientras me concentraba en cómo rechazar aquel trabajo que tan poco me atraía.

–Bueno, no me malinterprete..., ese sanguinario asesino no me asusta –mentí con mi habitual soltura–, pero no sé si una misión así se adapta a mis cualidades. Tal vez en un primer momento debería trabajar en algún departamento donde aprender los rudimentos del oficio policial. No sé, tal vez algo burocrático.

–Eso es lo que me solicitó su tío, pero creo que sería un desperdicio tremendo. Su notable desempeño como infiltrado confirma que usted es el hombre idóneo –insistió tras dar una calada al cigarro–. Además, tenemos un plan brillante. Viendo el trágico fin de Juan Morales, hemos decidido extremar las precauciones. A todos los efectos, usted será un oficial del ejército apartado del servicio por su radicalismo político. Hágase pasar por republicano, socialista, anarquista o bolchevique, lo que prefiera. Todo eso les gusta mucho a esos niños de papá de la residencia. Ser millonario y de izquierdas está de moda. Lo mejor de dos mundos.

»Como todos los estudiantes provienen de fuera de Madrid, le haremos pasar por vallisoletano. Usted conoce la ciudad gracias a su paso por la Academia de Caballería. Eso le permitirá manejarse ante posibles preguntas embarazosas. Además, debe fingir que está allí para emprender una carrera en el mundo de las letras; eso también le hará popular. Para ello, hemos contactado con un hombre que le dará un encargo literario.

–Veo que es usted un profesional que no deja nada al azar.

–Gracias, capitán, trato de hacer bien mi trabajo. ¿Dónde estará ese maldito cenicero? –preguntó, buscando entre los montones de expedientes.

No tardó en encontrarlo bajo una carpeta. Después, volvió a clavar su mirada en mí.

–Le diré la verdad –aseguré, poniendo rostro grave–. Pocas cosas hay que me gustarían más que participar en esa investigación y dar su merecido a ese criminal. Sin embargo, es posible que mi edad me delate.

–Por eso no debe preocuparse –sonrió, al tiempo que hacía un aspaviento con las manos–. Es cierto que usted tiene veinticinco años y estará entre los más mayores, pero hay estudiantes que repiten curso, e incluso algunos permanecen allí cierto tiempo una vez que han acabado los estudios. Más de uno tiene su misma edad; sin duda, eso no es un problema. Creo que encajará perfectamente allí. Según su tío, usted es un hombre de mundo y, lo que es más importante, con don de gentes. Alguien como usted nos viene de perlas. –Hizo una breve pausa–. Y también nosotros le podemos venir muy bien a usted. He sabido que es usted víctima de una conjura, no se me ocurre llamarlo de otro modo, urdida para denigrar a nuestro glorioso ejército. Sus tristes circunstancias han llegado a oídos del gobernador civil, que desea resolver ese crimen lo antes posible y, también, solucionar su situación. No tengo que decirle que un hombre como él puede hacer que ese tema de la carretera se olvide.

Me estaban ofreciendo un trabajo y, a la vez, solucionar mis problemas en el ejército. Era una oferta difícilmente rechazable. Además, si el asunto se mostraba peligroso, podía abandonarlo inventando cualquier excusa.

–No sólo eso –continuó el inspector tras dejar el cigarro en el cenicero–. Además, recibirá el doble de la paga que le corresponde como capitán. ¿Qué me dice?

No quise aceptar de inmediato. Me quedé unos segundos con la mirada perdida, como si tuviera que pensarme aquella magnífica oferta.

–También hemos dispuesto quinientas pesetas para sus primeros gastos –dijo poniendo un sobre en la mesa–. No sé si necesita algún traje nuevo, zapatos o cualquier otra cosa para pasar desapercibido en ese sitio elegante.

Desde luego, era un asunto peligroso, pero todos tenemos un precio, y yo estaba de rebajas. Aquella oferta solucionaba todos mis problemas, desde el alojamiento hasta el tema económico, pasando por mi situación en el ejército. Además, si uno lo pensaba, resultaba más soportable la compañía de un asesino en aquel sitio distinguido que la de la Reme y su cohorte de desdichados.

En ese momento, el policía apagó el cigarro en el cenicero y volvió a mirarme. La afabilidad había desaparecido de su rostro, que ahora mostraba un gesto grave.

–Soy su hombre –dije con firmeza.

El inspector se levantó de la silla para estrecharme la mano sonriendo.

–Ha hecho usted una elección de la que no se arrepentirá. Por supuesto, es fundamental ser discreto. Ni el director, Alberto Jiménez Fraud, ni ninguna otra persona tienen conocimiento de su verdadero propósito. Extreme las precauciones. Nadie sabe que el muerto era un policía, téngalo en cuenta. Deberá estar ojo avizor, el asesino de Juan Morales todavía puede estar allí.

–No se preocupe, inspector. No temo enfrentarme a ese hombre. Algunos han querido matarme con anterioridad y no les fue muy bien –expliqué con jactancia, para ocultar mi temor.

–Capitán Blanco, me encanta contar con usted. Estoy seguro de que tendrá éxito. Como es novato en las pesquisas policiales, le daré varios consejos. El primero y más importante es vigilar muy estrechamente a los subversivos: ateos, bolcheviques, republicanos, anarquistas y demás energúmenos, pues sabemos que son capaces de cometer los más horrendos crímenes. Le suministraré los informes de Juan Morales. Eso

facilitará su trabajo. Es muy posible que este asesinato sea sólo la punta del iceberg de un complot de carácter político.

»No menos importante es que trate de relacionarse con los estudiantes de Medicina. Según la autopsia, el cadáver había sufrido un proceso de embalsamamiento, lo que sitúa a esos estudiantes entre nuestros principales sospechosos. Hágase amigo de alguno y trate de descubrir todo lo que pueda. Es una pequeña pista, pero puede constituir un buen inicio.

—¿Han interrogado a los estudiantes? —pregunté.

—Por supuesto. Hablamos con los que encontraron el cadáver y con todos los que parecían sospechosos. Sólo hubo un sujeto con tales características; un joven que apareció bastante bebido y con los puños magullados. Nos dijo que se había metido en una pelea tabernaria. El sujeto en cuestión se llama Luis Buñuel, y encabeza la lista de estudiantes con ideas políticas radicales cercanas al anarquismo. Habrá que vigilarlo de cerca.

»Permítame un último consejo. Vigile a los raros. Cualquier estudiante que le resulte extraño o fuera de lo normal, por la causa que sea, es un posible sospechoso. Ya sé qué dicen que las apariencias engañan, pero eso es una mentira como un piano. Matar y destrozar cráneos con esa furia asesina es una actividad extraña que realizan personas extrañas.

»También me gustaría comentarle que tenemos un fondo para gastos extraordinarios, como pagos a informantes. Lógicamente, deben ser utilizados con mesura. Deberá informarme sobre los avances que vaya haciendo. En caso de necesidad, no dude en pasarse por mi despacho o llame al teléfono de esta comisaría.

—¡Estupendo! Seguiré sus consejos. ¿Algo más?

—Sí, he hecho una copia de los informes policiales, las declaraciones de testigos y la autopsia. Léalos con la atención que merecen. ¿Dónde estarán? Los tenía por aquí hace un momento.

El inspector volvió a buscar entre las montañas de papeles hasta que sacó una carpeta que puso sobre el escritorio. La palabra «confidencial» se leía con claridad sobre el color azul claro de la portada.

–Bueno, con esto está todo. ¡No, espere! Se me olvidaba –añadió, entregándome una tarjeta que sacó de su americana–. Acuda a esta dirección; lo informarán del encargo literario que le servirá de coartada.

–Muy bien, inspector. Espero que dentro de poco tengamos al asesino entre rejas –aseguré tras estrecharle la mano.

Al abandonar aquel lugar, no podía disimular mi entusiasmo. Pasaba a vivir en un sitio distinguido, sin problemas económicos y con un posible perdón a mis corruptelas. Supuse que el ambiente universitario sería un lugar muy a propósito para divertirse, asistir a fiestas, frecuentar mujeres, beber y otras actividades muy de mi agrado. Dudaba mucho de que mi presencia allí sirviera para aclarar el asunto, pero, de momento, tenía unos meses de prórroga del purgatorio en que se había convertido mi vida. No había mejor manera de comenzar el año.